pañoles; ellos, por excusar ruidos en tierra nueva no prosiguieron en su intento; y algunos atribuían esto á que el santo Padre amaba tanto á sus indios, que aun en la muerte no había querido desampararlos. El Padre misionero que tuvo por vecino de su misión y trató muy de próximo al P. Gabriel Díaz y le asistió á su muerte, escribiendo de ella afirma haber sido el santo varón un espejo de apostólicos misioneros, desengañado de todo lo que es estimación propia, y que su vida fué raro ejemplar de virtud; de que se puede gloriar nuestra Provincia de haber tenido tal hijo y soldado tan insigne de su escuadra. Pasó de esta vida mortal á la eterna el venerable Padre el año de 1648, y siendo de edad de 70, poco más ó menos.

CAPITULO X.

REFIÉRENSE LAS MUY EJEMPLARES VIRTUDES Y DICHOSA MUERTE DEL P. CORNELIO BEUDIN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, QUE MURIÓ Á MANOS DE BÁRBAROS GENTILES Y OTROS APÓSTATAS DE NUESTRA SANTA FE, POR LA PREDICACIÓN DEL SANTO EVANGELIO.

Aunque en el Tomo de los «Triunfos de la Fe» dejamos escritas las gloriosas muertes de veinte hijos de la Compañía y esclarecidos Ministros del santo Evangelio, que por predicarlo y extender la gloria del nombre de Cristo Nuestro Señor entre naciones gentiles y bárbaras derramaron su sangre y triunfantes entraron en la gloria, como podemos y debemos creer de tan dichosas muertes. Después acá, en los nueve años que há que se escribió aquella historia, ha querido Nuestro Señor que se haya aumentado este número de gloriosos soldados de Cristo con el de otros dos, que habiendo padecido muchos trabajos por ayudar á la salvación de las almas en estas empresas evangélicas, y por la gloria de Dios, tuvieron el mismo glorioso martirio que padecieron sus Hermanos, por la dilatación de la santa fe.

El primero de estos dos evangélicos Ministros fué el P. Cornelio Beudin, natural de Gravelingas, en Flandes; hijo de padres honrados y de caudal, y á quien desde su tierna edad previno Dios con deseos eficacísimos de entrar en la Compañía. Y como sabía que el medio principal y único para conseguir su pretensión era el de la virtud, la procuraba ejercitar en todo lo que obraba y hacía, frecuentando desde su tierna edad los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, con que vino á alcanzar tal grado de virtud, que los Superiores, antes de admitirle en la Compañía, le encargaron por más de un año una de las clases de Gramática, ocupación que ejercitó con notable aprovechamiento suyo y de sus discípulos. Después fué admitido á la Compañía, donde siempre dió á los nuestros muchos ejemplos de virtud; y en los estudios y facultades que para el grado del sacerdocio se pide en nuestra Compañía, salió muy aventajado estudiante.

Ordenado de Sacerdote deseó pasar al Japón para derramar, por la predicación del santo Evangelio, su sangre; pero viendo que no lo podía conseguir por el alzamiento de Portugal, habiendo sabido que había llegado á España el Padre que iba por Procurador á Roma, de la Provincia de Nueva España, escribió á N. P. General ofreciéndose para pasar á esas partes; y habiéndole su Paternidad concedido esta petición y dádose á mí parte de ella (por ser el Procurador que de la Nueva España había ido á Roma), le escribí significándole de cuánto gusto había sido para mí esta asignación, á que me respondió la carta que pondré aquí, porque en ella se manifiesta el celo santo con que este Ministro evangélico pasó á las Indias para emplear su vida en ayuda de la salvación de las almas, y en particular en reducir indios gentiles á nuestra fe. Y la carta que me escribió en latín desde Lovaina, vuelta en romance, dice así: «No sufre mi afecto dilatar más el escribir á vuestra reverencia significando el amor que tengo, así á vuestra reverencia como á los demás compañeros suyos, que tanto amo en el Señor; ojalá pueda yo en el discurso de mi vida corresponder á las muchas caridades que vuestra reverencia me hace, sin haberme visto ni conocido: estos son deseos; pasemos á las obras. Abrazo con todo el afecto de mi corazón la suave disposición de la Divina Providencia, tocante al feliz empleo de mi persona, por lo cual le doy las gracias, así yo como los demás compañeros que vamos de esta Provincia á tan gloriosa empresa; agradezco sobre manera la suma benevolencia, así de vuestra reverencia por haberme admitido por compañero (aunque de todo indigno) de sus apostólicos empleos, como de la benignidad de nuestro muy reverendo Padre General en haberlo confirmado. En recompensa de tan singulares favores, como de Dios y de mis Superiores he recibido, ofrezco con alegría el cuerpo, alma, y vida y sangre. Demás de lo dicho, ruego á vuestra reverencia me avise con claridad del estudio, así de virtudes para el ejemplo, como de lo demás necesario que convenga para la salvación de las gentes que habitan la Nueva Vizcaya, y me será de consuelo saber de cierto el tiempo de nuestra partida, para disponer nuestro viaje. Procuraré llevar algunos instrumentos músicos en que soy versado, buscando de limosna el precio de ellos. Concluyo con decir que es ardentísimo el deseo que tengo de ver á vuestra reverencia, á quien Nuestro Señor, etc.»

Hasta aquí la carta del P. Cornelio, el cual muy en tiempo llegó de Flandes á Cádiz, para poderse embarcar con los demás compañeros que veníamos para la Provincia de Nueva España. En el viaje de nuestra navegación era tanta la alegría del P. Cornelio, que la pegaba á los demás que veníamos en el navío; y como era tan diestro en el canto y música de instrumentos, llevaba á mano un rabelito que algunos días, al anochecer, tocándolo suavísimamente, cantaba algún Salmo ú otra cosa devota, de que gustaba tanto la gente del navío, que ella misma pedía que el Padre los consolase en su navegación con ese devoto entretenimiento, lo cual él hacía con gran gusto, por el que tenía de ver que ya se le iba acercando el cumplimiento del antiguo deseo que Dios le había dado, de verse empleado en la conversión de gentes que vivían en las tinieblas de su gentilidad. Habiendo, pues, dádonos Nuestro Señor feliz viaje en nuestra navegación, llegamos al puerto de la Veracruz por Septiembre de 1647 años, con catorce Padres y Hermanos de la Compañía, y en habiendo descansado dos días

nos partimos para México, adonde habiendo llegado, dentro de poco tiempo fueron despachados tres de los Padres Sacerdotes que venían de España á las misiones que habemos dicho que tiene nuestra Provincia entre gentes nuevamente convertidas á nuestra santa fe, y otras que de nuevo se van convirtiendo. Al buen P. Cornelio desearon los Superiores acomodar en nuestro Colegio de Tepotzotlán, que es pueblo de indios, ó en el Seminario de ellos que con título de San Gregorio tenemos en México, para que aprendiese la lengua mexicana ó la otomí, y para que él adelantara á aquestos indios en todo género de música, en que, como habemos dicho, era muy diestro y aventajado el Padre; pero parece Dios lo había traido á los indios para cumplirle los deseos con que había venido, de derramar su sangre por Cristo. Propuso á esta ocupación, significando religiosamente á los Superiores que el deseo de convertir almas á nuestra santa fe y sacarlas de las tinieblas de la gentilidad, le había sacado y traido de su tierra y Provincia (donde este fervoroso siervo de Dios era querido y amado de todos, por su apacible condición, natural y aventajados talentos que Dios le había comunicado). Viendo, pues, los Superiores las razones que el Padre con religión y obediencia proponía, condescendieron con su voluntad, y lo enviaron pocos meses después de su llegada á misiones de tarahumares, casi doscientas leguas distante de México.

De esta nación y principios que tuvo algunos años antes su reducción, para recibir la luz del santo Evangelio, escribimos en el Capítulo décimo del Libro décimo de la Historia de los Triunfos de la Fe, y en el Capítulo treinta y nueve del mismo libro decimos cómo pasada la rebelión de los tepehuanes, se trataba de dar doctrina de asiento á estos indios tarahumares, aunque por varios accidentes y casos inventados por el común enemigo del género humano, que siente mucho perder el dominio que tenía de estas pobres almas, no se había podido dar total remedio y asiento á esta nación, cuando llegó á ella el P. Cornelio. Porque andaba inquieta con las alteraciones de otros indios gentiles sus vecinos; y estas inquietudes duraron todavía, y aun se habían encendido más cuando el P. Cornelio llegó á un pueblo donde estaba otro Padre misionero, que doctrinaba algunos indios tarahumares que estaban más inquietos. Avivándose pues cada día más los rumores de la tierra adentro, de que gentiles aliados con algunos tarahumares hechiceros (que siempre son los factores y cabezas de alzamiento en estas naciones), acompañándose con algunos otros apóstatas, querían alzarse y quitar la vida á españoles y Padres que hubiese en aquella comarca, ordenóle el Superior de las misiones al P. Cornelio que se detuviese unos días con el P. Virgilio. Más, mientras se disponía su entrada la tierra adentro. En este tiempo el P. Cornelio se entretenía aprendiendo la lengua tarahumara, con la ayuda del Padre compañero; demás de eso, algún tiempo asistió en un pueblo llamado San Felipe, donde en esta ocasión de rumores de alzamiento de los indios, había de ordinario buen número de españoles. Aquí se le ofrecieron al buen P. Cornelio muchas ocasiones de ejercitar las virtudes de caridad y paciencia, atendiendo á las necesidades de todos, así indios como españoles; y con el celo santo que tenía del bien de las almas, en paga de lo que con ellos usaba, les pedía se confesasen y comulgasen. Y esto con tal modo y gracia, que lo venía á conseguir aun de los más endurecidos en sus vicios y pecados; estilo

que guardó hasta su dichosa muerte. En estas ocupaciones se entretuvo casi un año, y al cabo de este tiempo, habiéndose pacificado la nación Tarahumara (aunque no de todo punto, como el tiempo lo manifestó), llegó él á poner por obra lo que tanto deseaba, de entrar la tierra dentro y convertir los que estaban en las tinieblas de su gentilidad. Dióse principio, para mayor estabilidad de la paz, por orden del Gobernador de la Nueva Vizcaya, á la población de una villa de españoles en el valle llamado del Aguila, á quienes el P. Cornelio administró de caridad hasta el día en que murió, padeciendo muy grandes trabajos, pasando inmensos fríos en el invierno, y en el verano insufribles calores. Predicando en las festividades, así á españoles como á indios, porque su fervoroso celo no le permitía estar parado. Pero como no toda la semilla del predicador y sembrador evangélico se logró, lo mismo le sucedió al P. Cornelio, en un caso que referimos aquí, en que por una parte se manifiesta el celo que tenía en ayudar á sus prójimos, y por otra los trabajos que en el ejercicio de sus santos ministerios padecía. Procuraba remediar algunas demasías que á veces suelen usar los soldados con los indios. Y llegó á tanto el atrevimiento de uno de ellos, que fué á casa del Padre y le dijo las palabras descompuestas que le dictaba su pasión, y afirmaron algunos que llegó á tales extremos su enojo, que echando mano á la daga le tiró una puñalada. Sufrió aquestos baldones y descomedimientos el Padre con notable serenidad de ánimo, sin dar muestra de ira ó turbación; antes procuró con buenas razones sosegar al sacrílego agresor, el cual, viendo que venía á amparar al Padre otro soldado que tenía de escolta, subió á caballo descomedido y se fué. Pero considerando el Padre el mal estado de aquella alma, y solicitando su remedio, le fué á buscar á su casa; pero luego que él vió que el Padre enderezaba su camino hacia donde estaba, sin aguardarlo subió á caballo, sin dar lugar que lo pudiese ver y sosegar. Aunque no dejó Dios sin castigo á este miserable, porque pocos días después de lo sucedido lo mataron los indios, cuando después se volvieron á levantar.

Habiendo sosegado algo los rumores de alzamiento, al fin entró el P. Cornelio á su deseada misión y conversión de la gente que faltaba por bautizar de la nación Tarahumara, que algunas rancherías de ella ya se habían reducido y bautizado; y cuando se vió en su misión este evangélico ministro, no perdonaba diligencia que pudiese hacer en orden al aprovechamiento de la cristiandad de estas almas, y Dios favorecía al principio estas diligencias de tal manera, que en breves días los hallaba capaces para recibir el santo bautismo; acudían como cristianos antiguos á la doctrina todos los días, y los de fiesta á Misa con mucha devoción y reverencia, y eso le servía de alivio en sus trabajos; citábalos en sus rancherías, y en las mayores levantó algunas iglesias que, aunque pobres, le costaron trabajo; predicándoles en ellas continuamente la doctrina cristiana, y bautizando á los que estaban capaces para recibir este santo Sacramento. Y en medio de todas estas ocupaciones y trabajos padecía tanta necesidad, que su comida era algunas veces un poco de maíz tostado; y todo lo llevaba con alegría por el bien de estas almas. Caminando, pues, esta nueva doctrina con tan felices progresos, rabioso el infernal enemigo de que saliesen de sus garras los que por tan largo tiempo había seducido, comenzó por medio de hechiceros, que son sus ministros, á sembrar

cizaña en esta sementera evangélica; y juntándose los apóstatas y los falsos hechiceros, que también los experimentó el Apóstol San Pablo cuando dijo: *Periculis, in falsis, fratribus*, esparcían perversas pláticas diciendo que no les estaba bien ni la vecindad de los españoles ni la doctrina de los Padres; y la verdad era esa, que le atormenta al demonio, como lo mostró el suceso desastrado. Porque habiéndose alborotado esta ciega gente con las perversas pláticas de hechiceros, dispusieron un alzamiento en que no perdonó su furor al que tan buenas obras les hacía, como el P. Cornelio, pues le dieron la muerte sábado, víspera del Espíritu Santo, al amanecer. Y el caso sucedió del modo siguiente: Habiéndose concertado gran número de bárbaros, unos gentiles y otros cristianos, pervertidos apóstatas, uno de ellos, algunos días antes de dar la muerte al P. Cornelio, llamó á otro indio amigo suyo, que fué testigo en la información que después se hizo, y le declaró los intentos dañados que tenía. Porque apartándole á un monte hizo una cruz en el suelo, diciéndole: «¿ves esta cruz? esta es la que siguen los españoles; pues yo no tengo de seguir ese camino: yo tengo convocada toda mi gente para matar al Padre y á todos los demás que están en estas misiones, y á los españoles de la villa, y á los demás que andan por esa tierra, que habemos de ver si su Dios los libra de nuestra furia, ó los sube al cielo, ó los esconde en las nubes, ó abre la tierra para guardarlos, ó aunque los vuelva piedra los habemos de quebrar y hacer pedazos, y no los ha de poder guardar de nuestra ira.» Finalmente, le dijo que ni quería ver al Padre ni á sus compañeros, ni que le enseñasen nada de su ley, que no tenía más Dios que sus parientes, hijos y mujeres, y la carne. Bien se echa de ver en todas estas palabras y razones el ánimo infiel y daño que movía á esta gente para darle muerte, que ejecutaron en el bendito P. Cornelio, la cual se ejecutó en la forma que aquí escribiremos, sacada de informaciones auténticas que están en nuestro poder, que hizo el Capitán y Justicia mayor de la Villa de Aguilar, D. Jerónimo de Vega y Salazar, averiguando la rebelión y alzamiento de esta gente, que con castigos que hizo en ella el Gobernador se pacificó algún tiempo; pero después se volvieron á alborotar los hechiceros, como veremos en el capítulo siguiente.

El año de 1652, dos horas antes del día, víspera de la Pascua de Espíritu Santo, la tropa de los indios apóstatas y foragidos acometieron á la casa donde el P. Cornelio estaba y en su compañía un soldado que tenía de escolta. Rompieron la casa por una esquina, y al ruido, despertando el Padre y reconociendo el peligro en que estaba, porque también habían pegado fuego á su pobre casa, tomando un Cristo en las manos salieron afuera él y sus compañeros; fuéronse á amparar á la Iglesia, y cargó sobre ellos una tropa de indios, que dando alaridos y flechándolos, llegaron hasta el altar mayor, y aquí le echaron al Padre un lazo al cuello y lo sacaron arrastrando hasta una cruz que estaba en el cementerio, y á macanazos que le dieron en la cabeza con una arma que ellos usan, que es á modo de porra, con que el santo Padre remató su vida por la doctrina del santo Evangelio que predicaba. El mismo día los españoles que estaban en la Villa de Aguilar, distante como dos leguas del pueblo donde fué muerto el Padre, fueron por el cuerpo y lo trajeron entero á su Villa, teniendo por particular providencia de Nuestro Señor que, aunque los indios lo dejaron

desnudo de todos sus vestidos, no permitió Su Divina Majestad que llevasen parte de él, como lo suelen hacer, para celebridad de sus bailes gentílicos, amortajando con el alba con que decía Misa en la Villa, y hallaron que las heridas que tenía el dichoso Padre eran de cinco flechazos, de la cintura para arriba, y en el brazo derecho otro flechazo; en la cabeza tres macanazos: el uno de medio á medio, y el otro al lado izquierdo y otro al derecho; uno de los que ayudaron á amortajarle fué el alférez Luis de Montalván, el cual recogió una macana de piedra redonda, á modo de una roldana ensangrentada, que fué con la que abrieron la cabeza al santo mártir; las paredes de la Iglesia también quedaron salpicadas con su sangre, como lo vieron los españoles que fueron á coger el cuerpo. El Cristo con que salió el Padre fué hallado también ensangrentado; el cuerpo del Padre, treinta horas después de su muerte, estaba tan blando y tratable, que parecía estar vivo, como lo testificaron los españoles que lo enterraron; los indios que le dieron la muerte repartieron entre sí la ropa de su vestido, y las alhajas del altar; y los vasos de los Santos Oleos, habiéndolos derramado, se los llevaron, diciendo que con aquel aceite los Padres los mataban. Lleváronse también el cáliz y patena; contra las imágenes de los santos se enfurecían más estos impíos, porque las escupieron diciendo que aquellos santos los mataban á ellos, y que ellos eran mucho mejores que aquellos santos, y haciendo una hoguera los quemaron. Testimonios todos que estaban manifestando que el santo Padre murió por el odio que tenían á nuestra santa fe los hechiceros, que fueron los principales autores de esta maldad, como lo escribió el Padre Superior de esta misión. Y aun podemos decir que Cristo Nuestro Señor en su sagrada Imagen, y los santos en las suyas, padecieron martirio juntamente con el bendito Padre Cornelio. Y remataremos esta relación con un capítulo de carta del Superior de esta misión, P. José Pascual, que há muchos años que trabajaba apostólicamente en aquellas misiones, el cual, habiendo dado cuenta al Padre Provincial de la dichosa muerte del P. Cornelio, concluye su carta diciendo: «Consiguió el P. Cornelio Beudin lo que tanto había deseado, y por cuyo respecto se había desterrado de su patria, adonde una persona devota le había dado esperanza de que había de morir derramando su sangre por Cristo; y para hacerse más digno de semejante corona siempre se iba disponiendo para ella, no omitiendo la oración cotidiana, la lección espiritual y el examen de la conciencia, que nuestras Reglas ordenan, añadiendo á todo esto las penitencias que acostumbraba de disciplinas y cilicios, con que consiguió también una puridad angelical; y todas estas virtudes las hermoseaba con actos de caridad fervorosos que con todos usaba, y con particular afecto con aquellos que no se lo habían merecido, sino que antes había recibido de ellos pesadas molestias y calumnias. Con que nos ha dejado á todos los de esta misión envidiosos de su corona tan brevemente alcanzada, pues no duró el Padre en la misión sino poco más de dos años y medio, que regada ya con su sangre, de un mártir glorioso, esperamos que ha de producir abundantes frutos; y para que lleguen á colmo, necesita que todos los de la Provincia lo pidan á Dios en sus santos sacrificios y oraciones.»

CAPITULO XI.

De la dichosa muerte y martirio que padeció el P. Jácome Antonio Basilio, muriendo á manos de indios gentiles y apóstatas cristianos, por la predicación del santo Evangelio y por ayudar á la salvación de los prójimos.

No pasaron más que dos años después de la muerte del santo P. Cornelio en la misión de la nación de Tarahumara (de que acabamos de escribir en el capítulo pasado), cuando quiso Dios Nuestro Señor que otro hijo de la Compañía de Jesús rematase también el curso de su vida santa en la misma misión, con tan glorioso triunfo como el pasado. Este fué el P. Jácome Antonio Basilio, de nación italiano, sujeto de gran virtud y religión y de condición muy amable; vino á nuestra Provincia de la de Nápoles el año de 1642, con el P. Pedro de Velasco, cuando fué por Procurador á Roma. Llegado á nuestra Provincia de Nueva España, con el deseo que vienen todos estos soldados de Cristo de emplearse en la ayuda de la salvación de los pobres indios, en particular de los que todavía viven en las tinieblas de su gentilidad. Púsolo primero al P. Jácome Basilio la santa obediencia en el Colegio de Tepotzotlán, cinco leguas de México; aquí aprendió en breve tiempo la lengua mexicana, en que fué tan eminente, que predicaba en ella con gran facilidad y elegancia, y con mucho aprovechamiento de los naturales, que por su apacible condición lo amaban tiernamente, y por su religión y virtud le llamaban ángel. Aquí estuvo cinco años ocupado en este ministerio, donde hizo su profesión de cuatro votos; de aquí le pasaron los Superiores al Seminario de indios, que con título de San Gregorio tenemos en México. Estando aquí salió por orden del señor Arzobispo en misión para pueblos de indios del Arzobispado, en la cual cogió los grandes frutos que escribimos en el capítulo 35, § 6 del libro IV. Y habiendo estado aquí algunos meses con el celo grande que tenía de ayudar á la conversión de los indios gentiles, se ofreció á los Superiores para pasar á las misiones de los que de nuevo se van convirtiendo á nuestra santa fe en el Reino de la Nueva Vizcaya, y por condescender con los santos deseos de este bendito Padre, lo enviaron los Superiores á la nueva misión de los tarahumares, donde habiendo trabajado con apostólico celo en la ayuda de la salvación de las almas no cumplidos tres años, en el de 1652 remató el curso de su santa vida, ofreciéndola á Dios por la salud de sus Hermanos y padeciendo el martirio, que brevemente escribió el Superior de esta misión, P. Antonio Montero, en la forma siguiente:

«Estando el Padre en un pueblo de doctrina llamado Temaichique, distante ocho leguas de la Villa de Aguilar (de que hablamos en el capítulo pasado), llegó á él un cacique llamado D. Pedro, muy bueno y fiel cristiano, y le dijo: que sabía que se habían alzado algunos indios tarahumares inquietos, y que junto con otros gentiles trataban

de ir á matar á toda la gente de la Villa; y que si él quería lo llevaría y sacaría libre hasta ponerlo en San Felipe ó en otro pueblo seguro; el religioso Padre, habiéndose informado bien de las noticias que le daba el cacique, le respondió que le agradecía su buen propósito é intento; pero que antes quería ir corriendo á la Villa para ayudar á aquellos pobres cristianos, así españoles como indios, porque no muriesen sin confesión. Que lo que le rogaba era que le diese un indio fiel que llevase una carta al Gobernador de la Vizcaya, para que reparase el riesgo en que estaba aquella Villa. Escribió el Padre su carta avisando á su señoría el estado de aquella triste Villa, y juntamente cómo al punto se partía á ayudar á aquella pobre gente, porque no muriesen sin confesión; despidiéndose también del Gobernador (como decía en su carta) hasta la otra vida. Hecho este despacho subió el Padre á caballo, y aquel mismo día llegó á la Villa, donde ya tenían alguna noticia del alzamiento, del cual habían ya avisado al pueblo de indios cristianos de San Felipe. Luego el religioso Padre dispuso á toda la gente, así españoles como indios, para que les cogiese en buen estado el terrible trance que les amenazaba de muerte; confesólos á todos, y el día siguiente les dió la sagrada Comunión á tan buen tiempo, que luego á las once del día vieron que en tropas fueron saliendo los indios traidores, los cuales iban recogiendo el ganado y caballada que encontraban. Y aunque los soldados procuraron defenderla, pero viendo que era tanta la furia y fuerza del enemigo, por la muchedumbre de gente foragida que se les había agregado, se retiraron á un fuertecillo que tenían en la Villa, desde el cual estuvieron peleando y defendiéndose tres días y dos noches; los indios, viendo esta resistencia, por varias partes de la casa pegaron fuego; y en particular en un jacal grande pajizo, en que tenían encerrado trigo en rama y maíz para su sustento; en este jacal, como era de paja, así se encendió el fuego, que de allí pasó á un portal del Presidio, donde viéndose apretada la gente con el humo y fuego, por no morir asados dentro, determinaron salir fuera. En el tiempo de la pelea había confesado el religioso Padre Antonio Basilio á muchos indios é indias tarahumares cristianos que vivían en el fuerte. Predicando así á españoles como á indios con mucho espíritu, para que se encomendasen á Nuestro Señor en aquel trance y muriesen como buenos cristianos. Luego que salieron fuera, viendo el buen P. Antonio Basilio la fuerza y rabia con que acometieron los indios sobre los soldados, flechándolos y matándolos con cruel rabia, el religioso Padre se entró dentro de la Iglesia que estaba junto al mismo fuerte, en la cual entraron los traidores alzados y cargaron sobre él, con tanto número de flechas, que luego allí quedó muerto. No satisfechos con esto, con sogas y lazos sacaron arrastrando su bendito cuerpo, y arrojándolo sobre el fuego que estaba todavía ardiendo, allí quedó abrasado como verdadero holocausto, ofreciendo á Dios su vida temporal por el bien espiritual de aquellas almas. El ejemplo que dió el P. Antonio Basilio con su santa muerte, fué celebrado en el Reino de la Nueva Vizcaya, donde cae la misión que doctrinaba. Porque pudiendo evitar el riesgo á que se puso, y librar su vida con mucha facilidad, que le avisó el cacique del peligro en que estaba, quiso más, imitando al Divino Pastor, que *animan suam posuit pro ovibus suis*, ofrecer él también la suya por el bien y salvación de las almas de sus hermanos. El destrozo que aquellos traidores

alzados hicieron en toda la gente que vivía en aquel fuerte y Villa, no es decible; pues á todos los tarahumares, aun parientes suyos, y cristianos, hombres y mujeres, hasta las criaturas de pecho, mataron y quitaron la vida. Sólo se libraron una de las noches de la pelea, dos indiezuelos que andaban en compañía del P. Antonio Basilio, los cuales refirieron lo que había pasado en la santa muerte del dichoso Padre; á quien parece que tenía Dios destinado para el martirio que padecía por la salud y salvación eterna de sus prójimos; pues aunque por ser tan eminente lengua mexicana, era también oido y amado así en Tepotzotlán como en México; pero el celo santo que tenía de ir á ayudar á las almas más desamparadas y bárbaras, le llevó adonde remató su vida con tan santa muerte. Después de ella han pasado grandes revoluciones y encuentros de guerra, que han tenido los españoles con indios gentiles vecinos á los tarahumares y otros foragidos de esta nación. Pero con todo, los Padres que la doctrinaban perseveran en sus puestos, de la gente bautizada, aunque expuestos á no pocos peligros de muerte, pretendiendo con el favor divino hacer cristiana á toda esta nación Tarahumara, y después reducir también á Cristo Nuestro Señor las naciones que adelante se siguen y todavía viven en las tinieblas de su gentilidad, que son muchas.

CAPITULO XII.

ESCRÍBESE EL ESTADO EN QUE AL PRESENTE QUEDAN LAS OTRAS MISIONES ENTRE GENTES NUEVAMENTE CONVERTIDAS, QUE EN LA NUEVA ESPAÑA DOCTRINAN LOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Y DÁSE RAZÓN POR QUÉ DEJARON DE ADMINISTRAR LA MISIÓN DE PARRAS.

De otras misiones y doctrinas que entre estas naciones nuevas tienen á su cargo los hijos de la Compañía, como son las de la Sierra de Topia y San Andrés, las de Tepehuanes y Parras, con sus adyacentes, hicimos larga relación é historia en la de los Triunfos de la Fe, hasta el año de 1645. Y porque digamos algo del estado en que quedan hasta el de 1653, en que se remata esta historia, decimos que todos los pueblos de estas misiones y reducciones perseveran en grande paz (excepto los de Parras, de que después diré,) y con mucho ejemplo de cristiandad, olvidados totalmente de sus costumbres bárbaras y gentilismos. Y aunque minoradas de gente por razón de enfermedades que Nuestro Señor con su alta Providencia les ha enviado, en que parece ha querido su Majestad llevar al cielo las primicias de esta viña, que antes en su gentilidad no daba otro fruto sino agazones para el infierno; pero la gente que ahora queda vive en grande paz en sus pueblos, frecuentan sus iglesias, que tienen muy adornadas para el divino culto; preciándose de celebrar con mucha solemnidad y música las festividades cristianas; y finalmente, se ven en ellos tantas muestras de cristiandad, como en las otras muy antiguas de la Iglesia.

De propósito dije que escribiría á la postre de la misión de Parras, porque aunque no es muy próspero lo que hay que escribir de ella, pero las leyes de historia nos obligan á dar razón de lo que en ella sucedió, y para declararlo es forzoso traer á la memoria la persecución que el Ilmo. Obispo de los Angeles, D. Juan de Palafox (de que atrás queda hecha relación larga), levantó contra la Compañía y contra las doctrinas que otras Sagradas Religiones tenían. Porque ésta alcanzó no sólo á los Religiosos del Obispado de los Angeles y sus doctrinas, y con ellas también en algunas de las misiones de nuestra Compañía á los Religiosos del Seráfico Padre San Francisco, que desde sus principios redujeron á nuestra santa fe el Imperio Mexicano y las doctrinas de indios, que como sus curas y párrocos en el Obispado de los Angeles administraban, las pasó y entregó el Obispo D. Juan de Palafox á clérigos de su Obispado. Y el fruto ó daño que de esta mudanza se haya seguido en las almas de los naturales no me toca á mí el juzgarlo, sino al Señor, que llamó á Simón Pedro, Príncipe de los Pastores, y que pedirá cuenta no de los frutos temporales que rinden beneficios curados (que esos son de muy poca monta á los ojos de Dios), sino del cuidado, diligencia, doctrina y bien espiritual de la salvación de estas almas que Cristo Nuestro Señor redimió con su Sangre, y los Religiosos sacaron de su infidelidad y engendraron en Cristo por el Evangelio. Y no se puede razonablemente dudar de que el padre que engendró los hijos y los ha criado con su sudor y trabajo, y los mira con diferente afecto de padre, del que hace oficio de pedagogo, que ese título dió el Apóstol de las gentes, San Pablo, á los que doctrinaban á aquellos que él había convertido á la fe de Cristo, diciendo: *Nam si decem millia paedagogorum habeatis in Christo, sed non multos Patres: nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.* Y no queriendo detenerme en referir otras razones y títulos por los cuales bien claramente se deja entender que á los indios que los Religiosos, con sus trabajos y afanes, han sacado de las tinieblas de la gentilidad y han reducido al rebaño de Cristo, les está más á propósito el conservarse debajo de la doctrina de los que engendraron en Cristo, que el apartarse de sus Padres.

Lo dicho veremos verificado en nuestra antigua misión de Parras, porque habiéndole encargado el Ilmo. de los Angeles D. Juan de Palafox al Obispo de Guadiana que en las doctrinas que el Religioso tuviese en su Obispado, ejercitase lo mismo que se había hecho en el Obispado de los Angeles; tomando este consejo el Prelado de Guadiana, puso clérigos en las doctrinas que tenían los Padres de San Francisco en la Nueva Vizcaya (causa sobre que hasta hoy se está pleiteando en el Consejo Real de las Indias). No paró esta persecución en las doctrinas antiguas que los Padres Franciscanos tenían, sino que también alcanzó á nuestras misiones que entre gente más nueva en la fe tenía la Compañía; porque de hecho el señor Obispo de Guadiana puso clérigos en algunas de ellas, y de estas fué la de las Parras, la cual nuestros Religiosos habían fundado desde sus principios, reduciendo de varias rancherías en que estos indios en su gentilidad vivían, y formando la cristiandad de que en el libro XI de los «Triunfos de la Fe» escribimos. Pero aunque aquí puso cura clérigo secular, con todo, la Compañía no ha desamparado estos puestos ni á los hijos que (como dijimos) engendró en Cristo, porque de caridad, y sin tener obli-